

# *Canción de agua y olvido*

*María Pilar Sánchez Martín*

*A la memoria colectiva que somos, al entramado de cimientos,  
paredes y tejas que siempre permanecerá en mi corazón sosteniendo la  
casa de las maravillas en la que viví mi infancia y mi adolescencia en  
Peraleda de la Mata.*

*A la casa que fue derribada, en la que sigo viviendo y alimentando  
el espíritu aunque no sea consciente de ello cuando estoy despierta.*

*“EL REGRESO”*

# *CAPÍTULO 1*

## I

Notas de palisandro de salida. Gabriela aspira la esencia sobre la piel de Nicolás, que tensa la espalda entre espasmos de placer y respira entrecortadamente exhalando el aliento con la intensidad de una descarga eléctrica. Gime aferrada a su cuello, concentrada en la excitación salvaje que la convierte en un animal feroz acechando en la espesura la presa con la que saciar el hambre, apurando el ansia brutal que inunda su cuerpo hasta hacerle perder la conciencia.

Él sujeta su nuca y se mueve rítmicamente sobre ella activando caminos radiantes de dicha, senderos dactilares de bruma invisible que disuelven el cuerpo de Gabriela en un océano de felicidad sobre el que se mece el corazón de cedro del perfume mientras Nicolás se aferra a sus caderas y levanta la cabeza bramando la culminación del placer completo.

Ella jadea y se estremece buscando el fondo de esencia de almizcle en el paroxismo del cuerpo masculino que excita su sangre ardiente y hambrienta, dejándose llevar por la onda expansiva de placer que le hace alcanzar rápidamente el clímax, un vórtice de voluptuosidad que crece imparable entre sus piernas hasta convertirse en el epicentro del gozo absoluto. El éxtasis asciende y toca el cielo como una marea vibrante que la inunda de pies a cabeza, un paraíso voluptuoso e hipnótico que culmina y remite luego lentamente dejándola rendida sobre el césped en un remanso de calma satisfecha, y es

entonces cuando la conciencia retorna poco a poco renovando el pacto silencioso que permite vivir en otro estado diferente a la dicha plena.

Gabriela cierra los ojos y siente la bruma del perfume estremeciendo su cuerpo de gozo. Tensa las aletas de la nariz y rastrea las esencias de palisandro, bergamota, sándalo, cedro y almizcle suspendidas en el aire que cristaliza a su alrededor y remansa su respiración mientras la luz del sol desaparece entre el vaivén de las ramas de sauce que danzan ingravidas sobre su cuerpo desnudo.

## II

Nicolás aparca el coche en batería, apaga el motor y permanece inmóvil unos segundos. El resplandor del sol le ciega a través del cristal levantando una nube de dolor que comprime sus sienes como un torno de tortura. Conducir toda la noche le ha embotado la cabeza y ha empañado sus ideas, justo lo que necesita para enfrentarse sin preámbulos a lo que le espera al bajar del coche e internarse para siempre en las profundidades de la memoria.

Entorna los ojos y observa los setos del parque y el verde deslumbrante de las hojas de los árboles meciéndose en el aire frío del amanecer de enero, luego acciona la manilla y abre la puerta al aire glacial que contrasta con el ambiente tibio del interior del vehículo. La diferencia de temperatura lo espabila y le recuerda que, aunque aparentemente nada haya cambiado, lleva más de diez años sin venir al pueblo.

Sale del coche y se dirige a la parte trasera para sacar el poco equipaje que ha traído, una maleta y una mochila de cuero que ha utilizado durante el vuelo

como equipaje de mano. Cierra la puerta trasera con un golpe seco y echa a andar arrastrando la maleta a través del camino de gravilla que cruza el parque. Luego enfila la calle en recodo desde la que ya se distingue el lateral de la casa y el latido y la potencia inconfundible que trasciende sus muros. Avanza seguido por el sonido estridente de las ruedas de la maleta sobre el firme de cemento hasta detenerse frente a la fachada inundada de sol invernal que destella sobre el zócalo de granito.

Muy despacio, casi con reverencia, introduce la llave en la cerradura y se estremece por la comunión inevitable con lo que le espera dentro. Cede la hoja de madera invitándole a penetrar la penumbra que aguarda al otro lado, y al cruzar el umbral, siente el aliento compacto del zaguán que custodia la memoria intacta de la última vez que atravesó aquella puerta, hace diez años, como si no hubiera existido nada más en aquel paréntesis de tiempo.

Se obliga a pensar que la alucinación es el efecto de las muchas horas sin dormir y se funde con el alma detenida de la casa olvidando por un momento el propósito que le ha traído de vuelta. Como cabe esperar después de tanto tiempo deshabitada, la casa está fría y yerma, sin fisuras para permeabilizar la realidad helada al tacto del primer golpe de vista. Un palpito inmenso de vida late todavía entre sus muros, y la evidencia es tan abrumadora, que Nicolás se rinde completamente navegando la penumbra de las persianas echadas.

Súbitamente, siente sobre los hombros la presión de varias manos que le dan la bienvenida en silencio. El contacto le eriza el vello de la nuca y le hace consciente de la realidad de las dos casas superpuestas, dos escenarios que Nicolás interioriza automáticamente mientras observa la oscuridad acuchillada por pequeños destellos de polvo. Deja caer los brazos a ambos lados del cuerpo

y se entrega al aliento inconfundible de la casa antigua, la que fue derribada, la que susurra en su nuca y le invita a avanzar simultáneamente en las dos dimensiones.

Ese palpito también los trae a ellos, a los que Nicolás conoció y a los que pertenecen al subconsciente colectivo de la casa, los que se asoman a través de él y lo convierten en la llave maestra que abre la puerta a la memoria.

Demasiadas horas sin dormir, eso es lo único que puede explicar la visión sobrenatural que tiene lugar en la sala desierta que se abre a su izquierda. La quietud del silencio en penumbra se ilumina súbitamente con el resplandor de la lumbre en la chimenea mientras la lluvia bate contra los cristales de las ventanas estremecidas por el retumbar de los truenos. Nicolás siente un escalofrío ante el espejismo que percibe más sólido que la oscuridad y el silencio que envuelven la casa. La claridad de la tormenta fantasmagórica reptaba sobre la loneta del escaño de madera dibujando un camino de polvo brillante sobre el tapete de hilo de seda que cubre la mesa, y justo entonces, Nicolás escucha el eco espectral de una voz amortiguada y dulce, segura y a la vez temerosa como la paradoja del valor verdadero. “San Antonio de Padua, que en Padua naciste y en Padua te criaste...” Un rayo ilumina la sala reflejando su descarga sobre los cristales desaparecidos de la alacena de esquina. “Los cordones que tomaste fueron para predicar”. La presencia es nítida y abrumadora, sentada en el sillón de enea con las ropas enlutadas y la cabeza gacha, pendiente del rosario enredado entre las manos blancas y suaves como el alabastro. “Y estando predicando te vino un ángel a avisar: Antonio, Antonio, a tu padre lo van a ahorcar”. Los pies firmes sobre la tarima para conjurar el terror de la tormenta que ruge y descarga contra los muros convirtiendo la casa en un velero que navega el oleaje de un océano

de memoria. “Como salvaste a tu padre de la muerte, sálvanos a nosotros de la tormenta”. Nicolás se estremece y aspira el olor de la ropa y la fragancia del pelo, la ternura del regazo de luto que lo recibe y lo envuelve en un abrazo inmenso. “Santa Bárbara bendita, madre de San Agustín...”.

La vibración de las campanas en la torre de la iglesia se derrama súbitamente sobre la casa como un eco metálico que asienta múltiples dimensiones de espacio y de tiempo. Nicolás sale entonces de la alucinación hipnótica y consigue el aplomo suficiente para enfrentarse a la casa vacía que lo acoge de nuevo en su regazo como el abrazo de la matriz primigenia.

### III

Una brisa helada encoge los poros de la piel desnuda cuando la penumbra del atardecer desdibuja la cortina vegetal que se mece sobre ellos. Nicolás se apoya sobre el codo para observar a Gabriela, que permanece inmóvil a su lado con los ojos cerrados. Observa su respiración rítmica y profunda, el aliento sereno del cuerpo femenino en el que late un inmenso campo de energía bajo la piel nívea y perfecta que resplandece en la oscuridad como una isla de luz recortada sobre el césped.

Se inclina sobre ella para besarla, pero Gabriela apoya una mano contra su pecho para continuar disfrutando de la calma satisfecha después del orgasmo. Él aparta la mano y la besa en los labios, y luego hunde la cabeza en la mata de pelo cobrizo y le muerde en el cuello. Ella ríe aceptando el desafío y se escurre entre sus brazos rodando sobre el césped hasta ponerse fuera de su alcance.



El tiempo transcurre deprisa mientras se persiguen, se enredan, se atraen y se rechazan en un juego de besos, mordiscos y caricias que los deja exhaustos sobre la hierba húmeda, bajo las ramas del sauce envuelto en la penumbra del anochecer inminente. Poco a poco recuperan el aliento al compás del vaivén de la cortina vegetal que dibuja caminos sobre su piel y los acaricia al son de la brisa que recorre el jardín mientras el frío devora la calidez de los últimos rayos de sol de esa insólita tarde de invierno.

Gabriela acaricia los dedos de Nicolás y piensa que ha debido ser el perfume lo que ha vuelto a conjurar sus instintos más salvajes, la fragancia masculina que él ha vertido sobre su muñeca para corroborar la tesis que descubrieron juntos pocos meses atrás, la primera vez que una esencia de musgo, incienso y ámbar desató en su hipotálamo un placer irrefrenable que recorrió su cuerpo como una marea prodigiosa. Y de las muchas hipótesis que los dos barajaron entonces ante la excitación inmediata que el aroma masculino provocó en Gabriela, ninguno de los dos ha sido capaz todavía de identificar lo que desencadenó la locura en ella, que lamió con ansia las huellas del perfume para destilar hasta la última nota de esencia en las papilas gustativas de la lengua.

Gabriela recuerda, tendida bajo el vaivén de las ramas de sauce, aquella otra tarde de otoño en la que se despidió apresuradamente de Nicolás para adquirir el perfume en un establecimiento del centro de Cambridge antes de volver a casa. Recuerda el deseo de entonces galopando ferozmente por sus venas mientras se abría paso en su interior la determinación absoluta de experimentar a solas aquella embriaguez que desinhibía por completo su cuerpo y su mente. Vuelve a saborear ahora, como entonces, el apremio repentino que

nunca había experimentado antes, la excitación y la urgencia de satisfacer el deseo en solitario, porque en aquel instante se sobraba, se bastaba y hasta se estorbaba a sí misma para saciarse hasta alcanzar el clímax. Y fue precisamente ese afán súbito de experimentar el placer a solas lo que la desconcertó mucho más tarde, cuando pudo pensarlo fríamente, porque en ese momento solo ansiaba llegar a casa para dar rienda suelta a la perfección absoluta del deseo satisfecho a vida o muerte.

Aquella primera experiencia con el perfume masculino fue memorable para Gabriela, sobre todo porque bastó para revelarles que la esencia se transformaba sobre su piel en una alquimia brutal y desconocida, un elixir de matices singulares que amplió el horizonte de forma sobrehumana para ella, iniciándose en el arte de las múltiples y exquisitas posibilidades de las esencias que se transformaban dependiendo de la calidad de la piel donde se vertieran.

Aquella epifanía del olfato le descubrió a Gabriela el poder del perfume como una revelación sobrenatural con la que se internó en una dimensión de sensaciones placenteras, estímulos feroces que dejaban al descubierto simas ocultas de la memoria en las que ella buceaba en solitario sobre un campo de energía que la conectaba con su verdadera naturaleza.

## IV

—¡Ah de la casa! —los golpes que acompañan la voz enérgica hacen temblar la hoja de la puerta.

—¡Nicolás! ¿Dónde te metes?

El sonido de las campanas cesa súbitamente y Pedro se detiene en el zaguán, cegado y recortado al trasluz en un holograma cuántico sin camino de vuelta. Sus ojos todavía no se acostumbran a la penumbra cuando Nicolás avanza hacia él y se funden en un abrazo enérgico como un choque de trenes a toda máquina.

—¡Nicolás, coño, qué alegría verte! —El abrazo se mantiene y se aprieta unos instantes abarcando la espalda y descansando la barbilla sobre los hombros. Un último apretón antes de separarse en el inmenso haz de luz avasalladora que se cuele desde la puerta dibujando una geometría luminosa sobre las baldosas azules y verdes de la casa antigua, la que ya no existe más que en la memoria.

—¿Cuándo has llegado? —Los brazos ahora apoyados sobre los hombros.

—Hace un momento, ni siquiera me ha dado tiempo de abrir las ventanas.

Pedro repara en el bulto de la maleta. —¿Vienes para muchos días?

—Hasta que solucione lo de la venta.

Pedro observa el trazo de escalera recortado en la penumbra, palmea el hombro de Nicolás y se separa de él frotándose las manos.

—Pues manos a la obra. Te ayudo a ventilar la casa, aunque debiste avisar con tiempo a Marisanta.

Nicolás asiente y cada uno se dirige en silencio a una habitación para levantar las persianas y dejar entrar la luz deslumbrante y fría de la mañana de invierno.

## V

Si Pedro le hubiera preguntado a Nicolás por su relación con Gabriela, él no hubiera tenido ningún inconveniente en contar lo que todo el mundo sabe en su círculo más íntimo. Ella es ocho años más joven que él, está casada desde hace una década y la relación con Nicolás es de sobra conocida por su marido, Andrew, que no la dificulta ni en privado ni en público. Los dos tienen la capacidad de separar las facetas del amor con tal de preservar el que comparten para que perdure intacto, porque el respeto absoluto por la libertad individual fue uno de los votos que pronunciaron al casarse en el juzgado ante un grupo escogido de amigos que tomaron esas palabras como otra de las múltiples excentricidades de aquellos dos snobs que no se habían separado desde que se conocieron en la universidad con diecinueve años.

Andrew es un pintor y escultor reconocido que se ha hecho un nombre en el panorama internacional y cuenta con numerosas obras en museos y colecciones privadas de todo el mundo. Un escéptico de alma noble y generosa que ama a Gabriela por encima de todo y aprecia la compañía de Nicolás, de la que por nada del mundo quiere prescindir, a pesar, o precisamente, por ser el amante de su esposa.

Los tres cenan juntos con frecuencia, la mayoría de las veces en veladas organizadas por Gabriela en su casa, el lugar más fauvista y armonioso que Nicolás ha visto nunca; la equivalencia espacial a un cuadro de Matisse, con el mismo colorido, la misma vitalidad y armonía de proporciones ocultas bajo la rotunda ruptura del canon; una mansión victoriana en uno de los barrios más exclusivos de Cambridge, en la zona de Newnham, en la que la apariencia

clásica de la fachada no anticipa la singularidad del interior, pues nada más cruzar el umbral los espacios se resuelven como una obra de arte en sí mismos, un caos aparente que estructura visualmente todos los rincones de la casa convirtiéndola en un inmenso trampantojo abierto a otras dimensiones espaciales.

Para construir aquella música de esferas, los propietarios consultaron a varios arquitectos hasta decidirse finalmente por Antoine, un jamaicano que conectó desde el principio con la idea que Andrew y Gabriela tenían sobre lo que debía ser la casa porque estaba tanto o más loco que los propietarios. Entre los tres movieron espacios, tiraron tabiques, ondularon muros, puertas y ventanas, subieron y bajaron el nivel del suelo y experimentaron con colores y texturas imposibles hasta conseguir aquella fantasía orgánica y excéntrica a la que Gaudí y Dalí hubieran dado su visto bueno.

Andrew y Gabriela reconocerían más tarde en algunas veladas con los más íntimos que las mejores ideas fueron fruto de noches de alcohol y de excesos con el jamaicano, sentados los tres sobre el pavimento, alumbrados por velas y animados por las hierbas que, según Antoine, eran el único vehículo para conectar con el espíritu de la casa. Algo con lo que Andrew y Gabriela estuvieron de acuerdo a juzgar por la cantidad de veces que repitieron aquellos encuentros incluso después de que la casa estuviera terminada completamente.

Y siguiendo con las confesiones, Nicolás también le hubiera confesado a Pedro que, aparte de lo puramente físico, aquella pareja tenía el don de sacar lo mejor del interlocutor porque ambos personificaban la dualidad de lo apolíneo y lo dionisiaco según la más pura interpretación nietzscheriana. Los dos encarnaban los conceptos más elevados y abstractos y a la vez se negaban a

renunciar a lo placentero y lo mundano. Ambos tenían algo de Quijote y algo de Sancho; capaces de las mayores excentricidades y a la vez suficientemente camaleónicos para adaptarse con facilidad a cualquier ambiente por más monótono, sórdido y ordinario que fuera, únicamente a cambio de que la compañía valiese la pena.

Ninguno de los dos admitía barreras que les impidieran disfrutar de la vida y aceptaban los estímulos en función de la calidad del placer que les reportara; placer intelectual o sensitivo, porque tampoco se cerraban a la oportunidad de crecer a base de contradicciones donde quiera que la oportunidad se presentara.

Gabriela y Andrew hubieran sido capaces de morir por amor, indigestión o sobredosis, dependiendo de la calidad y la calidez del incentivo, y obraban con la misma naturalidad al sentarse a la mesa de la realeza o al compartir comida casera en una taberna de mala muerte degustando un tradicional pastel de carne. Ellos eran así. Una marca registrada que no admitía imitaciones, un soplo de aire fresco en la densidad agotadora de las etiquetas y las costumbres sociales. Transparentes, honestos y leales, Andrew y Gabriela representaban un universo alternativo en el que era muy fácil y placentero perderse. Y no era tanto el sexo que Nicolás compartía con Gabriela como la intimidad con aquella mujer fascinante y única que tenía la capacidad de reinventarse a sí misma continuamente como un diamante de talla y simetría extraordinarias, a veces perfectamente pulido y otras veces en bruto, dependiendo de la cara sobre la que incidiera la luz que en ese momento lo iluminaba.

Hija de madre venezolana y padre escocés, Gabriela representaba una combinación prodigiosa en la que la naturaleza había seleccionado estratégicamente la carga genética para que el carácter y el aspecto

correspondieran respectivamente al prototipo de cada una de las dos culturas, pero sin mezclarse, de manera excluyente. El resultado era un carácter explosivo y poderoso contenido en un cuerpo de piel blanca y fulgurante de apariencia frágil y delicada. Pero aparte de su belleza física, lo que de verdad admiraba Nicolás de Gabriela era la absoluta lealtad a sus contradicciones, como si el concepto de barroco se hubiera encarnado en ella personificando la belleza repleta de disonancias y contrastes, la hermosura de la perla irregular que da nombre al estilo artístico como un espejismo artificial de la imaginación que rara vez se manifiesta en la naturaleza. Nada más conocerla, Nicolás le dijo que le recordaba a la Dánae intemporal de Klimt, y ella rompió a reír con la ocurrencia sin sospechar que él la vería siempre así a partir de entonces, feliz y sonriente en su pequeño universo de lluvia dorada. La elegida de los dioses, así la llamaba él en la intimidad para ofenderla, fecundada mientras dormía por obra de Zeus, y ella lo atacaba riendo y apodándolo con el sobrenombre de “el placer dormido” mientras lo experimentaba una y otra vez entre sus brazos.

## VI

—Está muy cambiado, aunque aparentemente siga igual que siempre, que yo le conozco bien y sé de lo que hablo, y por mucho que me digan que me meto donde no me llaman, lo cierto es que, aquí entre nosotros, lleva mucho tiempo así, mustio, apagado, como si le hubiera pasado un tren por encima.

Nicolás observa a Marisanta desde la puerta. Repara en sus movimientos precisos, mecánicos, mientras la mujer deshace la cama y tira la ropa en el suelo.

—Debiste avisarme antes, con tres días hubiera bastado para limpiar y ventilar la casa como es debido —el cuerpo arqueado sobre el colchón para quitar las mantas—. Lo único que puedo hacer hoy es arreglar la alcoba, el aseo y la sala, y mañana sigo con el resto

Nicolás se adelanta para ayudarla, pero ella rechaza su ayuda con un gesto seco.

—Quita, quita, que en esto me basto y me sobro yo sola y tú te vas a estropear la ropa. Mañana viene Hortensia “maragata” y lo preparamos en un momento. Te acordarás de ella, muy poquita cosa, aunque con una fuerza descomunal... —tira de las sábanas y las lanza al suelo—. Ahora trabaja en casa de Amalia, la que fue novia de Pedro, que no sé por qué se dejaron después de tantos años, ni me importa, aunque me lo puedo imaginar, porque la imaginación es libre —la funda del colchón es azul con flores blancas, tal y como Nicolás la recuerda—. En el pueblo se dijeron entonces muchas cosas, barbaridades algunas, que hay gente que malmete e inventa para este mundo y para el otro.

La cremallera se le resiste; la cierra y luego la desliza hacia atrás con un golpe seco para desenfundar el colchón mientras continúa hablando entrecortadamente.

—Pero ahí nadie supo lo que pasó, lo dejaron y punto, y luego ella se casó con Pepe “obispo”, que la lleva nueve años, y a otra cosa, mariposa, y Pedro, pues ya ves, lo que te decía al principio, mustio, triste, y aunque él se esfuerza en disimularlo, no es ni la sombra de lo que era, sin chispa de la socarronería y la alegría con la que soliviantaba a su madre, Doña Amparo, que bien ganado tiene el cielo el día que se muera, si es que se muere, que ya le han dado tres “penterres” con sus correspondientes extremaunciones y ahí la tienes, como dice



Don Paco, el cura, que en vez de los santos óleos parece que le dieran el bálsamo de Fierabrás, porque es dárselo y al poco rato revive, y vuelta a empezar, que yo no sé ni como Pedro aguanta tanto sobresalto —tira la funda al suelo y levanta el colchón apoyándolo sobre el somier de láminas.

Nicolás avanza un paso para ayudarla, pero ella lo disuade de nuevo con un gesto de cabeza mientras endereza el colchón y lo apoya sobre la pared.

—La última vez, Paquita y Petra “espina”, las vecinas, hasta le cerraron la boca y los ojos, y a punto estuvieron de empezar a amortajarla mientras venía el médico a certificar la muerte; y fue escuchar a su cuñado, Ceferino, que entraba dando voces lamentándose, y abrir Doña Amparo los ojos y pedir un vaso de agua, y a la que casi tuvieron que amortajar entonces fue a Petra, que se le desataron los nervios de la impresión de verla volver de la muerte. Y entre Petra con los sofocos desmayada en una silla, su hermana Paquita sin saber si atenderla a ella o llevar el vaso de agua a la resucitada, y Ceferino, que al pobre ya se le ha ido la cabeza del todo, dando voces gritando “milagro, milagro”, casi tienen que llamar a los loqueros de Plasencia para poner orden y desalojar la alcoba.

Marisanta rodea la cama y se vuelve hacia un cubo pequeño sobre la mesilla de noche. Nicolás se apoya en el quicio de la puerta.

—¿Y tu madre? ¿Cómo está? Tengo que ir a verla sin falta.

—Y ella se alegrará mucho de verte —Marisanta escurre el paño y lo retuerce entre las manos—. Últimamente solo habla de cosas antiguas y mienta mucho a tu familia, no creas, a tu abuela y a tu madre, reza por ellas todas las noches antes de dormirse.

Pasa el paño húmedo sobre el cabecero de la cama y continúa hablando con la voz entrecortada por el esfuerzo.

—Yo la barrunto desde mi alcoba cuando las nombra todas las noches, y no deja de ser natural, porque creció con ellas en esta casa hasta que salió para casarse y las quiso como si fueran su familia.

Vuelve a enjuagar el paño y lo escurre sobre el cubo de latón para limpiar la lámpara de la mesilla de noche. Nicolás aprovecha la interrupción del monólogo para despedirse.

—Marisanta, salgo un momento a casa de mi tío Enrique, díselo a Pedro si vuelve.

—Descuida, yo se lo digo.

## VII

—Vender...

—Sí, tío, es lo único que se puede hacer, yo estoy fuera y no creo que vuelva a España en muchos años, no quiero tener una casa cerrada sin poder atenderla.

—Lleva cerrada muchos años y se mantiene bien, demasiado bien para estar desatendida, como tú dices.

Nicolás reconoce en su fuero interno lo bien conservada que está la casa, polvo y poco más, aparte del estropicio de las palomas en el patio. Nada nuevo. Su madre había dicho muchas veces que desde que se construyó la casa nueva, por mucho tiempo que pasara vacía, siempre daba la impresión de estar lista para ser habitada, y en ese momento Nicolás piensa en los espacios

superpuestos de las dos casas, un espacio único que trasciende múltiples dimensiones, pues a las tres habituales se añaden dos que dan sentido a la ecuación hasta completar la paradoja. Tiempo y memoria. Solo así se puede explicar lo inexplicable.

Enrique tiene enlazadas en el regazo las manos grandes y recias, cuarteadas como el cuero viejo y con el dorso lleno de manchas. Nicolás, sentado junto a él, observa a su tío recostado en el sillón y adormilado con el calor de la lumbre de la chimenea. El anciano sigue teniendo una complexión imponente a pesar de haber mermado con los años.

Aunque tiene los ojos cerrados, Nicolás sabe que no duerme, y mientras le observa vuelve a recordar el discurso que trae preparado para justificar la urgencia de la venta de una casa que se mantiene en perfecto estado.

—Ha estado siempre en la familia —la voz del anciano se abre paso súbitamente desde el aparente duermevela.

—Ya lo sé, tío, y lo tengo presente, pero tengo que venderla.

Sobre la mesita auxiliar, el reflejo del fuego de la chimenea lame el cristal de una jarra y dos vasos dispuestos alrededor de una fuente de perrunillas y mantecados.

Enrique abre los ojos y mira a su sobrino de frente, sin rastro de los reproches que Nicolás se hace a sí mismo desde que llegó al pueblo.

—No me malinterpretes, sobrino, no te juzgo, soy el menos indicado para hacerlo. La casa es tuya y se ha de hacer como tú dispongas. Son solo nostalgias de viejo porque me parecerá extraño que la casa no pertenezca a nadie de mi sangre, solo eso.

Suspira y vuelve a cerrar los ojos acariciando con los dedos el borde de la manta de lana que cubre sus piernas, y en ese momento Nicolás comprende que, para él, como para todos, la casa antigua sigue existiendo como un pliegue omnipresente en el tiempo. Así será siempre, aunque un cataclismo haga desaparecer el pueblo y cuanto lo habita arrasando el solar de la casa familiar hasta los cimientos.

## VIII

—¡Amalia!

Ella se vuelve y Nicolás puede apreciar la madurez serena y luminosa que la hace resplandecer bajo el sol de mediodía. Lleva un capazo colgado del brazo y un abrigo de ante blanco que resalta el brillo de su pelo castaño y la luz inconfundible de sus ojos verdes. Al verla parada en la plaza bajo el arco de la iglesia, Nicolás es consciente por primera vez de que Amalia nunca ha sido la belleza que él recordaba, lo sabe ahora que vuelve a verla después de diez años, aunque para él continúe siendo la criatura más hermosa sobre la faz de la tierra.

—¡Nicolás!

Él comprende súbitamente que lo que recordaba de ella era el resplandor de su sonrisa y la luminosidad de sus ojos radiantes.

La anciana con la que hablaba Amalia pone una mano sobre su brazo y se despide con un gesto de cabeza, y Amalia se vuelve entonces hacia él dedicándole su atención completa. Nicolás la besa en la mejilla y aspira el aroma cítrico y fresco que la envuelve como si no hubieran pasado los años. Quizá sea

ese el secreto, la calidez y la perfección de la piel en la que habita la fragancia como un reclamo hipnótico que lo seduce al instante.

—¡Qué alegría verte! ¿Cómo tú por aquí?

—He venido a vender la casa.

Una sombra cruza los ojos de Amalia, aunque su rostro mantiene intacta la expresión amable, pero Nicolás puede percibir cómo los dedos de su mano izquierda se crispan ligeramente sobre el asa del capazo que cuelga de su antebrazo derecho.

—Entonces te quedarás unos días en el pueblo. Tienes que venir por casa. Pepe y mi padre se alegrarán de verte.

—Descuida, iré a visitaros un día de estos, cuando ponga en orden los asuntos de la venta.

—Eso espero, que nos hagas un hueco antes de irte —Amalia sonrío y hace el amago de alejarse, pero cambia súbitamente de parecer y coge la mano de Nicolás para llevársela a la mejilla antes de marcharse.

Nicolás la observa alejarse bañada por la luz diáfana de enero, elegante y altiva como ha sido siempre, y piensa que es una suerte que la plaza esté desierta para que nadie pueda ver la turbación que le provoca volver a ver a Amalia después de tantos años.

## IX

Hortensia trastea en las habitaciones del primer piso, mueve muebles y arrastra el cubo de latón de un lado a otro mientras Marisanta pone orden en la cocina desalojando los armarios para fregarlos con jabón de manteca.

Todas las ventanas de la casa están abiertas, excepto el ventanal de la sala, donde Nicolás revisa documentos y escrituras antiguas sentado al calor del fuego de la chimenea. El olor a jabón y agua limpia se cuele por la puerta entreabierta, y de vez en cuando llega hasta Nicolás la cháchara que intercambia Marisanta con las vecinas cuando estas se paran en la calle para preguntar a través de la reja de la cocina.

Ha sacado a la calleja tres reclinatorios de terciopelo y los ha alineado contra la pared de enfrente a modo de reclamo o de bandera para tomar posesión del exterior de la casa después de que Nicolás le haya dado carta blanca para hacer y deshacer como le parezca.

Ella le había pedido permiso esa mañana como una simple formalidad, segura de su respuesta, y a partir de entonces ha tomado las riendas para recuperar el espacio vital de la casa, que no solo abarca el interior de la vivienda, sino los dominios naturales que se extienden por la calle y el vecindario.

Marisanta entra y sale de la sala comentando asuntos domésticos consigo misma, como si el solo hecho de hablarlos en voz alta dentro del campo auditivo de Nicolás le otorgase automáticamente el consentimiento para hacer lo que le dé la gana.

—Las artesas las he apilado unas sobre otras en el patio antes de meterlas en la despensa, que es harina de otro costal, porque parece una jungla con la cantidad de cachivaches que hay por todos lados. Hay que ver lo que se puede acumular en las casas, y del baúl de detrás de la puerta y del de la habitación de arriba ni hablamos, que eso es una mañana entera para orear la ropa en los balcones y volver a guardarla con bolas antipolillas.

Nicolás no levanta la vista de las carpetas de documentos, ni siquiera asiente cuando ella se pone de puntillas sobre el frontal de la chimenea para descolgar el brasero de latón dorado. El rubor del esfuerzo enciende sus mejillas al estirar el cuerpo cubierto por un gran delantal negro. Inclina la cabeza hacia atrás para desprender el brasero y cargarlo en los brazos, apartando de un soplo los mechones de pelo castaño que escapan del moño y le caen sobre la frente y las orejas.

Después de llevar el brasero a la cocina, Marisanta vuelve al salón, arrima una silla a la pared y descuelga los cazos de cobre dorado del soporte de madera oscura, apilándolos cuidadosamente en el suelo sin dejar de hablar mientras sube y baja de la silla.

—Hortensia, ahí donde la ves, tan poquita cosa, apaña ella sola tres casas todos los días, la suya, la de Amalia y una que tiene la boticaria alquilada a las maestras a la que da una vuelta tres veces por semana. Lo suyo me ha costado que viniera hoy a ayudarme, porque es entrar aquí y ponerse rígida como un palo, y aunque ella no es de hablar, de nunca lo ha sido, y siempre hay que sacarle las palabras con un sacacorchos, las veces que ha venido conmigo a esta casa cuando todavía vivía tu madre, que en gloria esté, era entrar por la puerta y ponerse igual de tiesa que el palo de la escoba. No sé lo que se le infundirá en ese cuerpo, que parece que se le encoge de espanto.

Marisanta recoge los cazos apilados de tres en tres y sale entornando la puerta tras de sí para mantener caldeada la sala con el calor de la chimenea. Nicolás no ha levantado ni una sola vez la cabeza de las carpetas de documentos y ni siquiera es consciente de atender interiormente el monólogo de Marisanta,

un ruido de fondo que forma parte de la casa igual que el arrullo de las palomas en el patio, las horas en el reloj de la torre o el sonido metálico de las campanas.

## X

Está despierto, pero todavía no quiere abrir los ojos, aunque percibe la claridad débil del amanecer a través de los párpados cerrados. Dos noches han sido suficientes para convencerse del poder que la casa sigue ejerciendo sobre él, para comprobar la fuerza de los anclajes que lo mantienen unido a ella, para sentir la poderosa energía que todavía rezuman los muros de la casa antigua.

Nicolás cuenta las ocho en el reloj de la torre de la iglesia y escucha despuntar el día con el piar de los pájaros, el arrullo de las palomas en el tejado y el murmullo de las primeras voces en la calle acompañadas del rugido de un motor lejano. Estira brazos y piernas sintiendo la calidez y la suavidad de las sábanas mientras el pueblo se despierta al otro lado de los muros que contienen distintas dimensiones de espacio y de tiempo.

Varios golpes de aldaba sobre la puerta quiebran súbitamente el silencio. Nicolás percibe desde el piso de arriba el girar de la llave en la cerradura y la puerta deslizándose sobre las baldosas justo antes de escuchar pasos en la entrada. Una corriente arrolladora de energía envuelta en el aire frío de la mañana se desplaza por la planta baja como un vendaval que arrasa con la quietud y el silencio nocturnos.

—¡Buenos días nos dé Dios!



Nicolás mantiene los ojos cerrados mientras Marisanta trastea con los cubos de latón en la planta baja y el reloj de la iglesia da el primer cuarto. Nicolás comprende que Marisanta es feliz en la casa, al contrario que Hortensia maragata, enjuta y callada, de mirada esquiva y fuerza descomunal, la mujer que se tensa como un palo cada vez que cruza bajo el quicio de la puerta.

—Vendrá esta tarde —Marisanta ha hecho café y el aroma inunda la cocina—. Hoy tenía mucha faena en casa de Amalia y vendrá cuando se desenrede.

Desayunan juntos un tazón de café con las perrunillas que ha traído ella en un plato apoyado en el fondo de una cesta de mimbre.

—Recién hechas —dice mientras parte una en dos mitades—. Mi madre sigue teniendo buena mano y todavía la llaman para hacer los dulces cuando hay bodas o bautizos, para dirigir a las mujeres al hacer la masa, y siempre le regalan una bandeja para nosotros.

Nicolás siente el bocado deshacerse en su boca como si se desmoronara sobre sus papilas gustativas un puñado de arena dulce y tostada.

—¿Ya has puesto la casa en venta? —la voz de Marisanta suena tímida y apagada, algo inusual en ella.

—Todavía no. Estoy arreglando los papeles.

—¿Y estás completamente seguro de que quieres venderla? —la pregunta ha sonado natural, casual incluso, pero después de formularla ambos siguen desayunando en un silencio incómodo.

—Sí, Marisanta, es lo mejor para todos.

Cogen las últimas dos perrunillas que quedan en el plato y las comen al unísono, en silencio. Cuando terminan, Nicolás desliza las yemas de los dedos sobre los granos sueltos que quedan en el fondo del plato de porcelana.

Marisanta le observa con tristeza.

—¿Sabes por qué a Hortensia le da miedo venir a esta casa y aun así viene, a pesar de todo?

Nicolás sigue jugando con las migas sin levantar los ojos.

—Porque tú se lo pides, Marisanta. Siempre has sido muy convincente y muy maneja, Todo el mundo lo sabe en el pueblo.

Ella pierde un momento el hilo de la conversación y sonrío curvando ligeramente las comisuras de los labios.

—No, no es por eso. Hortensia viene porque yo se lo pido y porque ella quiere venir, porque necesita venir de vez en cuando.

—¿A pesar del miedo?

Marisanta lo mira de frente por primera vez.

—Es curioso que todavía no me hayas preguntado por qué a Hortensia le asusta venir a esta casa.

Nicolás permanece callado y continúa deshaciendo migajas dulces entre los dedos, ajeno a la mirada de la mujer que lo observa fijamente.

—No te lo he preguntado porque intuyo lo que le asusta.

Marisanta permanece inmóvil sentada en la silla de enea, erguida sobre el respaldo y con las manos enlazadas en el regazo.

—Pues si lo sabes, ya sabes también por qué no debes vender esta casa

—se levanta y recoge los tazones para llevarlos a la pila del fregadero.

Nicolás deja de desmenuzar migas y se levanta tras ella para acercar el plato. La conversación ha terminado. Lo saben los dos y cada uno vuelve a sus quehaceres en silencio.

## XI

Las visiones siempre han acompañado a Gabriela, como un estigma o un regalo del cielo, aunque, por fortuna, nada más cumplir ocho años, su abuela materna llegó a tiempo para curarla del espanto de ser diferente. Fue ella la que la ayudó a normalizar una situación completamente anormal para los que la rodeaban, porque, desde la infancia, Gabriela se sintió inmersa en un mundo paralelo que a los demás les estaba vedado.

En uno de los muchos viajes que hizo a Venezuela para visitar a la familia materna, su abuela Telma le regaló un collar de caracolas, corales y conchas marinas. Le ordenó que cerrara los ojos y la fue guiando por el relieve áspero de los corales, por la suave ondulación de las conchas y los recovecos cóncavos del interior de las caracolas en las que se escuchaba el mar si se acercaba el oído. Y mientras se dejaba guiar con los ojos cerrados, a Gabriela se le quedó grabado el mensaje que le susurraba su abuela mientras guiaba sus pequeñas manos.

—Nunca dejes que te digan dónde está la belleza, Gabriela. Está donde tú digas que está, porque el mundo tiene mil maneras de expresarla. Lo que vemos con los ojos no es lo único que existe, también hay belleza en el tacto y en el

gusto, en los aromas que captamos con la nariz, en la calidez con la que canta el corazón, en las visiones y en las voces que solo podemos escuchar nosotros.

Telma condujo las pequeñas manos de Gabriela sobre los corales y las caracolas mientras sentía estremecerse el cuerpo de su nieta al contacto con las cuentas marinas. Sabía que el mundo interior de la niña estaba repleto de estímulos que bullían en su interior como un universo exclusivo que no tenía reflejo en el mundo que la rodeaba.

—Tu bisabuela también era como nosotros, Gabriela. Era capaz de ver y oír lo que tú ves y escuchas, y ella vivió una vida muy feliz, aunque a ti ahora te den miedo las visiones. Este collar era suyo. Guárdalo y recuerda siempre que tienes un don. No dejes que nadie te convenza de lo contrario, porque ser diferente está bien, no lo olvides nunca.

Gabriela se estremeció cuando su abuela pasó el collar sobre su cabeza y lo acomodó en su cuello. La niña mantuvo los ojos cerrados sintiendo el contacto de las caracolas y las conchas sobre la piel mientras las manos de su abuela se apoyaban sobre sus hombros. Fue entonces cuando se materializó en su interior la visión de una hilera de mujeres ataviadas con trajes chamánicos que avanzaban en procesión para darle la bienvenida a un círculo de antorchas encendidas en un claro abierto en la selva. Avanzaban acompañadas de pumas, jaguares, tucanes y águilas, y juntos componían una comitiva de una belleza asombrosa. La visión fue tan real, los colores tan vivos y las voces y los aromas que traía la brisa tan nítidos y embriagadores, que Gabriela se recogió en un trance hipnótico que la mantuvo ausente durante un día entero.

Después de una noche de fiebres, cuando a la madre de Gabriela le preocuparon las convulsiones y quiso llamar al médico para que examinara a la

niña, Telma la tranquilizó diciéndole que la mejor medicina era dejarla sudar para limpiar los tóxicos del cuerpo.

Gabriela todavía lo recuerda. A pesar de los años que han pasado, todavía se estremece con las visiones de su rito iniciático en un paraje escondido de la selva en el que se escuchaban los rápidos del río y las voces del viento susurrando entre las copas de los árboles alumbrados por el temblor de las antorchas y el resplandor de la luna. Todavía recuerda los efectos de las plantas sagradas, la ingestión del brebaje que expandió su conciencia y cambió para siempre la percepción que tenía de sí misma hasta convertirla en el epicentro del universo.

Todavía siente la comunión con la vegetación y los animales que perpetúan el ciclo vital, la fusión con la tierra a través de las plantas de los pies y el ritmo de la música asombrosa del firmamento cuajado de estrellas que se desplazaba sobre su cabeza cubierta por una corona de flores trenzadas. Lo recuerda cada noche antes de cerrar los ojos. Lo recuerda cada mañana al despertar. Tal vez por eso no ha vuelto a tomar nada en serio y lleva una vida fácil y despreocupada, incluso aparentemente superficial para los que no la conocen. Demasiado superficial para los no iniciados.

Gabriela disfruta plenamente de la vida y no hace caso a las normas. Le gusta presentarse ante los demás tal y como es, producto de la combinación de su sangre venezolana y escocesa, una mezcla de temperamento fuerte en un cuerpo aparentemente delicado y frágil. Tal y como sucede con las caras de un prisma, depende de dónde incida la luz, Gabriela juega a ser voluble o constante, frívola o sensata, taciturna o alegre, unas veces prudente y otras temeraria hasta parecer un animal salvaje. Nunca tiene miedo a mostrarse distinta a cada

instante, porque, como le enseñó su abuela Telma al cumplir los ocho años, la única belleza de este mundo consiste en ser diferente.